

El Indígena

Director: EUSEBIO VASCO

Año II.

Valdepeñas 9 de Julio de 1923.

Núm. 33.

EUNUQUISMO ESPIRITUAL

EL VUELO DE CLAVILEÑO

Para los intelectuales de La Mancha

¿Dónde están los hombres libres, los que no encierran el pensamiento en el estrecho círculo de un dogma y avanzan francamente hacia la luz...? ¿Dónde están los hombres que no forman parte de la claqué juramentada...? ¿Dónde están los hombres que viven aislados lejos de los rebaños humanos, los que desprecian las camarillas y son partidarios de la libertad de las ideas...? Cuando éstos hombres hablan, las gentes graves y estúpidas se enfadan y les abruman con el peso de su número.

EMILIO ZOLA.—«LAS GRANDES IDEAS MODERNAS»

Vamos a escribir este artículo con el corazón puesto en la pluma, con el corazón temblando y sangrando en los puntos de la pluma... Más claro; no queremos, al dejar correr ésta sobre las cuartillas, que obedezca exclusivamente a estímulos intelectivos, sino que se rinda en un todo a los torrentes emocionales de una efusividad desbordada. No en balde consagramos estas líneas a los intelectuales de la Mancha, a todos los intelectuales de la Mancha, cuyos anhelos más vibrantes, cuyas exaltaciones más puras, cuyas ideas más audaces y cuyos más sagrados ensueños, deseáramos nosotros ver—como Goethe pretendía—fundidos en un estrecho círculo donde se exteriorizase virilmente hecho carne y espíritu todo el renovador impulso de una nueva fuerza hasta ahora contenida en una disgregación estéril y apagada.

No podemos ni queremos referirnos a esa falsa estirpe de impertinentes leguleyos o de profesionales del andrajo, que pululan con aire pedantesco exhibiendo unas uñas mugrientas y una chalina deplorable; esa depauperada milicia de ilustrados analfabetos, que con un mohín de abstraída suficiencia, se pavonean neciamente como si sus sombreros grasosos o sus botas sucias fuesen el eje indispensable para la rotación del universo... No; nos situamos a una distancia honesta de semejante pléyade... Nuestras palabras van dedicadas a los intelectuales, de intelecto verdadero, a los que consagran sus energías cotidianas a una labor mental exuberante, a los que lamentando de veras la postración inlcua de la Mancha, se han atrincherado tras una espesa muralla de desprecio ante la escandalosa invasión de los desaprensivos y de los ignorantes endiosados. Para cerciorarnos del desastre, volvamos la vista atrás unos momentos; una mirada hacia atrás, dijo Arquímedes vale más que una mirada hacia delante.

Las llanuras desconsoladas e inmensas, en que campea un espíritu de maldición que aborta el rendimiento miserable de unas cosechas ingratas; las viejas mansiones señoriales, que exbalan todavía un aroma rancio de feudalismo medioeval; el resignado gesto de nobleza adusta he-

¿Deben votar las mujeres?

ESTUDIO HISTÓRICO LEGAL

POR

EUSEBIO VASCO

(Continuación)

si bien unos no admiten más garantía que la fortuna, otros la buscan a la vez en la fortuna y en las capacidades.

Tanto la mujer como el hombre puede reunir las condiciones de capacidad necesarias para el ejercicio del derecho electoral, si se atiende a las circunstancias de nacionalidad, edad, propiedad e instrucción, frecuentemente exigidas; no obstante la mujer es rechazada de los comicios, por razón de su sexo, y como esto no satisface, después de lo manifestado en el capítulo anterior, precisa examinar, con todo detenimiento, las condiciones que atribuyen a la mujer, para excluirla de la elección, llegando a las últimas trincheras, para que resalte la injusticia que se comete, en los democráticos tiempos del sufragio universal, dejando sin voto al sexo femenino, que es la más numerosa mitad del humano linaje.

IV

La falta de ilustración

Un semillero de dudas de presenta al tratar de inquirir la causa de estar excluidas las mujeres de las elecciones. Llama la atención, desde luego, el gran número de argumentos que se aducen para rechazar de los comicios a la mujer; cada escritor saca los suyos, y ninguno se conforma con uno solo, lo que prueba que no existe una razón concluyen-

te, cuando tanto se afanan por amontonar argumentos. Y es lo cierto que examinadas detenidamente sus razones, y eliminadas palabras inútiles e ideas que nada justifican, solo queda, como resultado de la operación que se persigue, el convencimiento de que carece de voto la mujer, no por causa justa, sino por una preocupación: la preocupación sexual.

Para proceder con orden, en materia tan vasta, siguiendo el plan que nos hemos propuesto, vamos a demostrar que la falta de ilustración, que de ordinario se alega para negar el voto al sexo femenino, es un razonamiento que a ninguna persona imparcial puede satisfacer.

Por lo pronto debemos notar que el desarrollo intelectual del sexo femenino se anticipa al del hombre, lo que hace más patente la injusticia que se comete con la mujer, al no permitirle examinarse en las Escuelas Normales, hasta cumplir los catorce años, en tanto que los niños, de diez años de edad, son admitidos a exámen en los Institutos Generales y Técnicos.

Por otra parte, la historia, de todos los tiempos y naciones, acredita, con innumerables testimonios, la aptitud de la mujer para las ciencias, las artes y las letras.

En los primeros tiempos de

los romanos las mujeres fueron admitidas al ejercicio de la abogacía, profesando esa carrera, con gran lucimiento, Amasia y Hortensia. Después, la vehemencia de Afrania o Calpurnia, fué el pretexto para prohibir a las mujeres abogar como no fuese para sí mismas, doctrina que adoptaron los legisladores españoles, en las Partidas, prohibiendo a las mujeres abogar en juicio por otro, porque «cuando pierden la vergüenza, es fuerte cosa de oír las et contender con ellas.» (Part 3.ª Ley II. Tit. VI.)

Lo de ejercer las mujeres la carrera de medicina no es novedad de nuestra época; en la Grecia antigua ya se dió el caso. En Atenas la ley prohibía a las mujeres la profesión de médico. Refiérese que cierto día un jovencito se presentó al famoso médico Hyerophisto, solicitando ser admitido entre los discípulos a quienes enseñaba la ciencia de Esculapio. Fué aceptado, hizo grandes progresos y solo se dedicaba a curar mujeres; todas le llamaban y se lo disputaban. Celosos los demás médicos le acusaron de seducir a sus enfermas, de cuyo cargo se delendió admirablemente, diciendo al Tribunal: ¡Mal podía seducir a las mujeres puesto que él mismo era mujer! Los jueces, de acuerdo con la ley, dictaron la sentencia de muerte, sentencia que no se

cho protesta silenciosa en los labios de los campesinos, que viven aún uncidos al yugo de la gleba; la tiranía patrimonialista, que se obstina en conservar un hábito de vinculación bochornosa; el desbarajuste criminal de los Concejos, que sucumben administrados por analfabetos y crelinos; la grosería rudimentaria de los derechos ciudadanos, que son bárbaramente reprimidos por los explotadores del Poder; los bajos fondos apestantes de la caciquería descocada y odiosa, que lo enerva e invade todo en un oleaje incalmable de bandolerismo alevoso; el impudor egoísta de-

satado; los sentimientos cívicos en humillante bancarrota la sordidez entronizada; el abuso, la vileza, el cohecho, toda esa podredumbre legamosa; ¡intelectuales de la Mancha! necesitada de vuestra brava y arrolladora acometida para caer definitivamente en un derrumbamiento saludable e inmediato...

¡Antorchas en las sombras, destellos, en las simas...! *Lumen vitae*, que dijo Gratry. La inteligencia—luz de la vida, ha de ser una antorcha o un destello, a cuyo resplandor huyan de sus troncos, de sus míseros troncos de barraca hedionda, todas esas catervas

mezquinas de reyezuelos absolutos que han convertido a la tierra de la inmortal leyenda de Cervantes en una granjería oprobiosa. La inteligencia está ausente en la Mancha, no «siente» sus problemas, sus dolores, sus ansias, y «vegeta» en una baldía negación de mudas abstracciones, mona preciada por la cerrilidad de los caciques y por la miope tozudez de los explotadores insaciables.

Y el camino no es ese... Precisa que los intelectuales de la Mancha, fundido el fuego de sus energías en un mismo evangelio de acción, rompa el dorado encantamiento de su

paciencia «literaria»—aquella exquisita paciencia que recomendaba Flaubert a Maupassant—y acuda al palenque de las luchas vibrantes, caldeadas y humanas... Los momentos son críticos, inaplazables, decisivos... Es una cuestión de decoro, de conciencia, de higiene pública y de dignidad. De otro modo, si los intelectuales de la Mancha no se desencastillan con coraje de sus frías torres de marfil, deberán resignarse si alguien les compara con el curioso perro de la fábula de La Fontaine, que todo lo perdió por no ser instintivo... Hay que dar de lado a las posturas bizanfinas, hay que deshacer la leyenda del intelectualismo glacial y sibarita; hay que despojarle de su gesto engolado e insensible y de sus graves lentes analíticos... Si esta última esperanza no toma cuerpo en la realidad palpitante de la vida, entonces—como profetizaba Voltaire al enjuiciar el «valor de la justicia»—sería caso de creer que «la sociedad es irredimible y que no existe quien apague la mecha que arde lenta, pero constantemente, para poner fuego a la bomba de todas las infamias y de todos los absurdos.» Esta es una verdad tan absoluta como las demostraciones geométricas.

La solidaridad intelectual de la Mancha se impone; no puede seguir este eunuquismo espiritual que los bellacos aprovechan para sus miedos repugnantes, no puede seguir este triste ejemplo de incapacidad y de indigencia pública que nos ahoga por instantes...

Lealmente, sin ringorranos ni retóricas, hemos expuesto nuestro pensamiento, hemos señalado el mal y su remedio... La Mancha, como una proxeneta desamparada en el arroyo, se ha rendido a la chulería de unos majos de burdel... Es necesario, urgentemente necesario, cerrar los ojos del cerebro a las especulaciones quiméricas, a los sofismas elegantes de gabinete o de cátedra, para encaramarnos en los lomos del caballo Clavileño de la célebre aventura del Quijote lanzándonos a un vuelo de audacias empeñadas... ¡No importa que al estampido ensordecedor de los «cohetes tronadores» que lleva en su vientre Clavileño, rodemos por el suelo «chamuscados» como rodó el Hidalgo intrépido, si rueda igualmente con nosotros toda la chusma desalmada que tiene entre sus garras exánime a la Mancha...!

¡Vengan a nuestro lado, en suma, todos los hombres de solvencia intelectual y moral que permanecen retraídos en esta noble tierra del Ingenioso Caballero, en esta noble tierra hidalga, sin temor a que esas «gentes soeces y de baja ralea» según llamó el Quijote a los yan gües, esas «gentes graves y estúpidas» a que el número de Zola hace alusión, «se enfaden y nos abrumen con el peso de su número».

¡El peso del número...! Contra el peso ciego y arbitrario del número, está la fuerza aplanadora de la razón inexorable!

Manuel Camacho Beneytez